

Sale todos los jueves.

Da mensualmente dos figurines, y cada trimestre un patron de tamaño natural.

Precio al mes.

Madrid. 10
Las provincias. . 14 } Franco
Si la suscripcion de
se hace en Madrid. 12 } porte.



SE SUSCRIBE

EN MADRID

En la librería estrangera, calle de la Montera, y en las provincias en las comisiones de la Agencia literaria, establecidas en las principales administraciones de correos y librerías del reino.

Las cartas y reclamaciones francas de porte.

LA MARIPOSA,

PERIODICO DE LITERATURA Y MODAS.

Modas.

TRAGES DE NIÑOS. Los niños! he aquí una palabra mágica, llena de un delicioso interés para la joven madre que ve desarrollarse en sus tiernos pimpollos la imagen del ser que cautivó su alma, que los ve crecer á la sombra de sus maternales cuidados. Inocente! acaso ese símbolo de tu esperanza y de tu afán será mañana el del desagrado y abandono: esa bella niña cambiará tu afectuoso cariño por el torpe amor de un hombre! ese hermoso niño te dejará por inmundos sueños de ambicion! Esmérate en adornarlos, afánate por vestirles galanes y pomposos, en consentir sus ahora inocentes caprichos; sea tu gloria presentarles en el mundo lujosos, mas lujosos que los de tu amiga.... ellos te diran un dia que no el amor materno, sino el deber que la sociedad te impone, que la vanidad acaso eran el único móvil de tus acciones! Mas no queremos entristeceros, no: sed dichosas con

TOMO I.

vuestras esperanzas, con vuestros gratos deseos, sí; vuestros hijos, acaso os amarán tanto como vosotras no esperábais. Ya veis! hemos alcanzado una época tan amarga, tan maligna, en que el engaño es virtud, y la torpeza es la gloria, que el hombre se ha acostumbrado á desconfiar de su semejante; tal vez la jeneracion que nace será mas rica en virtudes que la de nuestros padres y sus hijos. Creámoslo así, y regocijémonos en los que nacen de nosotros!

Una falda! La tierna joven que lleva en su seno la esperanza de los primeros goces de la maternidad no se estremece de placer al bordar la falda que ha de engalanar al fruto de su amor! con que ansia buscará lo que sea mas elegante, lo que prefiera la moda para adornar al que va á nacer! Escuchad pues. La falda debe ser de muselina de la India ó de batista de China, grande en extremo que llegue hasta cerca de los pies de la persona que lleva el niño, y sumamente plegada: toda la parte inferior y uno de los lados que debe venir á parar á la cintura, cual si

fuese un vestido que figura ser abierto por delante, deben estar guarnecidos de una bonita puntilla de encaje, y llevar un magnífico bordado á capricho segun el gusto mas pronunciado de la joven madre; y para que luzca este bordado, aconseja la elegancia que se ponga bajo toda la falda un vivo de raso azul celeste ó rosa. Algunas faldas hemos visto que en vez del bordado en la misma tela, llevan cuatro ó cinco guarniciones muy pequeñas y minuciosamente bordadas, lo cual produce muy lindo efecto: el bordado de la gorrita debe igualar en un todo al resto del vestido: un hermoso lazo con prolongadas cintas en el talle acaba de completar la magnificencia de las galas de un recién-nacido.

La *blusa* en los niños de corta edad es una de las dichas importaciones que nos han venido del extranjero, y que sentimos no se haya jeneralizado lo bastante entre nosotros; porque á la verdad, nada mas horrible y feo que esas casaquillas y levitas con que algunas madres visten á criaturas de cuatro y cinco años, abrumándolas y encerrándolas en estrechez nada favorables por cierto á la salud, y que sobre todo desfiguran y entorpecen los tiernos músculos de la infancia: una blusa lijera, que en ningun tiempo pase de ser de merino ó casimir, que se sujete la cintura con una correa delgada de ácharol, he aquí el traje mas á propósito y esbelto para los niños, y que en manera alguna daña á sus movimientos ni impide el desarrollo de sus formas. Lo mismo decimos de las niñas: renuncien sus madres á que luzcan un talle diminuto debido á la estrechez de los corpiños con que generalmente se las viste; déjenlas que se formen, y su tiempo les llegará de ostentar una cintura afilada y sutil. El corte de estas blusas debe arreglarse en un todo á la moda que domine en los vestidos; mangas ajustadas de la parte superior, pero con la suficiente amplitud para dejar libre el brazo, y que vayan ensanchando hasta el puño, siguiendo exac-

tamente la moda general. A las niñas se les suele adornar con una manteletita de seda negra forrada de azul ó rosa, cuyos extremos deben cruzar por el pecho é ir á caer por la espalda, prendiéndose en el mismo cinturon, ó pasando por bajo de este que los sujete al talle: los pantaloncitos con guarniciones pequeñas en los extremos son de rigor en todo tiempo, mucho mas en la estacion presente.

Cuando los niños pasan de la edad de cinco ó seis años la moda que les conviene mejor es una especie de camiseta de merino ú otra tela de lana fina, que queda bajo del pantalon, y este sube por cima dejando visibles los tirantes; puede adornarse dicha camiseta con una chorrera pequeña de la misma tela. Cuando llegan á ser mas crecidos es preciso sustituir la chaquetilla corta, pero cortada con gracia: ya entonces cesa la tijera de la madre y costurera, y entra la del sastre.

La sencillez, una prudente nimiedad en los adornos, soltura en las formas y ligereza en el corte, son las cualidades que debe tener presentes toda madre de familia que desee vestir á sus hijos con elegancia y buen gusto. No encareceremos lo bastante lo prudente de este consejo, pues de él depende en gran manera que se desarrollen con gracia las bellas dotes naturales de la infancia. Sobre todo en los adornos de cabeza debe presidir un tacto muy fino y circunspecto; y, lo que muchos no creeran, de él dimana que no se vicie la parte moral del niño, si por fortuna la naturaleza le ha dotado de virtuosas inclinaciones. Bien sabemos que algunos imbéciles casuistas tendran esto por paradoja, y no querran confesar que muchas veces de la configuracion del cráneo pende la bondad ó malicia de los sentimientos del individuo. Hechos históricos se pueden aducir que confirman este aserto, sin necesidad de valernos para ello del decantado sistema del doctor Gall. Sabida es la admiracion que causó á algunos de nuestros españoles que fueron á la

conquista de Méjico la uniformidad de sentimientos que reinaba entre aquellos naturales, uniformidad tal que escedían en muy poco las inclinaciones de unos y otros entre los habitantes de aquella parte del Nuevo-Mundo. Sabido es tambien que aquellos indígenas tenían la costumbre de fajar á los recién-nacidos con una benda que se la rodeaban al cráneo por cima de la frente, lo cual producía que todos ellos tuviesen la cabeza en forma de un cono truncado, dando por consiguiente un mismo desarrollo á todos sus órganos. A los frenólogos toca buscar la relacion que pueda existir entre la uniformidad de inclinaciones que hemos citado, y la dicha costumbre de fajar la cabeza á los recién-nacidos. Sea de ello lo que quiera, siempre es prudente, muy prudente no oprimir y abrumar á los niños con pesados y ridículos adornos, con sombreros y gorros pequeños y apretados que dañan á la configuración de la cabeza cuándo menos, si no es que les acarrearán otras peores consecuencias.

EL CESTO BENDITO.

A algunas leguas de Gante, en Bélgica, bajando las orillas del Escalda, hay una pequeña posada de miserable apariencia, pero cuya fachada de madera con algunos adornos de escultura, y una torrecilla tallada á la morisca, la hacen distinguir de los otros albergues circunvecinos. Guarda el interior una perfecta armonía con el exterior, y la disposicion y arreglo de las habitaciones es en cierto modo tan pintoresco y raro que encanta su aspecto á la vista. No hace aun dos años que encontré en dicho meson un apuesto y bien portado mancebo, que descubrí era un artista. Contemplaba con mucha atencion un viejo cuadro denegrido por el tiempo y encajonado en un gran cerco de madera cincelada, cuyo dorado habia ya desaparecido. Acerquéme á la pintura, y me pareció tan original el

asunto que representaba que pregunté al jóven artista si le comprendia. Era el celaje oscuro, y cargado el horizonte de gruesas nubes apizarradas. Descubriáse bien el Escalda con sus orillas rodeadas de matorrales y llorones sauces. Veíase sobrenadar por el rio un cesto, en medio del cual habia colocado un gran cirio encendido; seguía á cierta distancia una barca conducida por dos remeros y un piloto, y llevaba á remolque un esquife pequeño en el que iba un anciano, apoyada su cabeza entre las manos y fijo su mirar. A su lado estaba una jóven con un niño en brazos. Finalmente, por la orilla marchaban muchos jóvenes gravemente. El traje de estos personajes era del siglo diez y seis; y todos ellos parecían tener fijas sus miradas en el cirio con gran ansiedad.

El jóven artista que no habia cesado un momento de considerar el cuadro, y de darle vueltas en todos sentidos mojándole con el dedo, á fin de examinarle mejor, le colocó sobre la mesa, mandó traer una gran botella de cerveza y dos vasos, y me convidó á tomar asiento; encendió su inmensa pipa, y al cabo de largo rato me dijo que conocia aquel lienzo é iba á satisfacer mi curiosidad. Despues de este preámbulo y de haber bebido un vaso de cerveza, vió si la pipa ardía bien, y comenzó de este modo:

«Para que entendais mejor esta narracion es preciso os explique antes una antigua costumbre flamenca. Cuando desaparecia alguna persona, y se la creía ahogada, bendecían una vela, la colocaban en una cestilla, y la echaban al agua; una antigua supersticion hacia creer que el cirio se paraba siempre en el sitio en que yacia el cuerpo que se buscaba. Tal es el asunto de este cuadro: pero yo no le consideraria con tanto interes si no le diesen un gran valor las circunstancias históricas y artísticas que le adornan. El anciano, la jóven y el niño, que veis en la segunda lanucha, son el padre, la muger y el hijo del pescador Petter Griffiths. Los

jóvenes que costean el río son sus hermanos y amigos. El desgraciado ha desaparecido hace ocho días, y han encontrado su barca flotando á merced de las ondas: nadie le ha visto á él. Desesperada su familia de no hallar indicio alguno se ha decidido á dar ese último paso, el del cesto bendito.....

«Comenzaban á estenderse las sombras de la noche; las campanas de los pueblecillos de las orillas sonaban lentamente el toque de oraciones, y las jentes del campo se retiraban alegremente á sus moradas. Arrojada la cestilla á hora del mediodía, no se habia parado aun; y los ojos de Catalina apenas podian ya fijarse en la vela, que sobresalía muy poco del nivel del agua; el anciano y el niño se habian dormido. En aquel momento, una góndola empavesada y adornada de farolillos de colores se adelantó rápidamente subiendo el río con gran ruido de remos. Una música ruidosa, los vivas y gritos de alegría que en ella resonaban indicaban bastante bien que era una partida de placer de caballeros españoles. Pues he olvidado deciros que era en 1568, y que hacía algun tiempo gobernaba el duque de Alba en los Países-Bajos. La rapidez con que aquella gran chalupa hendía la corriente formó algunas ondas, y echó el cesto hacia la orilla; en poco estuvo apagarse la vela. Paróse de repente la cestilla, dió muchas vueltas sobre su centro, y se quedó inmóvil sin que ningún obstáculo la detuviese al parecer. »Amigos, gritó Catalina con desconsolada voz, amigos, ahí está, ahí, mi pobre Petter; echad el áncora!—Dió la sonda veinte pies de agua. Sin embargo uno de los remeros, arrojando el áncora con vigor, sintió que se hallaba retenida en el fondo.—Venid, camaradas! ayudadme, que pesa mucho.» Pocos momentos despues sacaron un enorme lio sujeto con correas. —Dios mio, dadme valor! exclamó Catalina que habia caído de rodillas. Pobre marido mio, de quien has sido tú víctima?» Y sus temblorosas manos intentaban en

vano desatar las correas, cuyas hebillas estaban ya carcomidas. Cortólas uno de los remeros y desdobló la primera capa... despues otra.... luego otra.... y en fin apareció el cuerpo de una muger joven que tenia contra su seno un niño recién nacido. Parecia tener veinte años de edad y era grande su belleza: gracias á la atroz precaucion que se habia tenido al envolverla, en nada habia alterado el contacto del agua la brillante blancura de su tez.

Ocupados estaban en este triste examen cuando volvió á pasar otra góndola enjaezada como la primera, y distrajo un momento su atencion.

Era aquel día de gran fiesta en el castillo del duque de Sandoval, uno de los mas opulentos caballeros de la comitiva del de Alba; y hacía una semana que se pasaban los días en la caza y las noches en el baile y en la orjía, en celebridad de la boda que acababa de contraer con la heredera de un rico conde de Castilla.

«Ocho días despues de los sucesos que acabo de contar, se disponía una gran partida de caza en el castillo de Sandoval. Todas sus avenidas estaban llenas de carruajes, caballos, monteros y perros. Lindas damas montaban en sus palafranes ayudadas de sus escuderos; los jóvenes caballeros caracoleaban en su derredor sobre sus fogosos corceles, y los monteros votaban con execrables juramentos para contener el ardor de los perros que ladraban por entre los pies de los caballos. Estaba dada la señal é iba á partir la alegre comitiva, cuando el justicia-mayor de la ciudad de Amberes se acercó respetuosamente al de Sandoval con una escolta de archeros valones; llevóle á parte y enseñándole un pergamino escrito y sellado le dijo con grave tono: » Señor duque, en nombre del rey, el duque de Alba, gobernador de los Países-Bajos, os ordena seguirme.» Nada habia que responder á semejante mandato, ademas de que conocia demasiado el carácter feróz del de Alba para intentar oponerle resistencia.

« Escusóse como mejor pudo con sus amigos, y les invitó á seguir la diversion sin contar con él, pretestando un negocio de gran entidad que no admitia espera. Algunos momentos despues se internaba en el monte la partida, y el duque de Sandoval, pálido como un cadáver y agitado de los mas tristes presentimientos, seguia pausadamente al justicia-mayor y su escolta.

« Habíase entablado contra él una acusacion de asesinato; el encuentro singular que habia hecho Catalina de Griffiths, la desaparicion de su marido, varias coincidencias raras, pero que daban clara luz acerca de muchas circunstancias ignoradas, todo venia á pesar sobre el de Sandoval, y levantaban contra él terribles sospechas. Nada os diré de este famoso proceso; básteos saber que no tardaron mucho tiempo estas sospechas en convertirse en realidades; y hé aquí cómo. Al examinar el cuerpo de la jóven hallada en el rio, se la encontró un pedazo de papel escrito, apretado convulsivamente entre sus manos. Estaba concebido en estos términos:

« Llámanme Rafaela, soy hija del marques de Calatrava, nací en Sevilla, y era rica y hermosa cuando conocí al duque de Sandoval. Hará de esto un año y me creia bien dichosa á la verdad; mas no tanto como lo he sido despues, porque entonces no me amaba todavía! Ah! ciertamente, no se muere de alegría, no! Si tal fuera, yo hubiese muerto cuando oí de los labios de Sandoval: yo te amo! Justo Dios, por qué no me enviaste entonces la muerte! Cuántas lágrimas me habria ahorrado! Yo creí en la palabra del duque, y me abandoné á él; le entregué mi alma, mi honor, mi vida entera. Le amaba tanto! El era mi existencia. Solo asi pude consentir en que el pesar abreviase los dias de mi anciano padre, celoso del buen nombre de su idolatrada hija.

« Abandoné mi nativo suelo y seguí al duque de Sandoval hasta los Países-Bajos, donde á pocos tiempos de nuestra llegada

le anuncié que iba á ser madre. Desde esta época trocóse enteramente su conducta para conmigo; me obligó á salir de Amberes y me llevó á su castillo, prohibiéndome apartarme del aposento que me habia destinado: él mismo me entraba el alimento. Durante todo el tiempo que estuve en cinta solo ví, además de Sandoval, á un hombre que él me trajo cuando llegué á dar á luz. Dos dias despues quiso quitarme á mi hijo: todo lo habia sobrellevado hasta entonces con paciencia; pero no pude resignarme por mas tiempo. ¿No era bastante haberme rohado á mi padre, á mi pais; no haberme dejado mas que la deshonra y la reprobacion universal; haberme retirado su amor? Quería tambien apartarme de mi hijo! «Sois un perjurio, le dije, un infame, mal caballero.» Arrojó sobre mí una terrible mirada, y adiviné que al siguiente dia veria en él un asesino. No me quedaba esperanza alguna; estaban cerradas las puertas con dobles cerrojos, y las ventanas estaban á cuarenta pies del suelo. Resignéme pues á morir, y errante por mi aposento, encontré por tierra este billete: «Sí, Sandoval, os amo, y mal podré esplicaros el placer que me ha causado el que apresureis nuestro prometido enlace: gustosa y feliz os entrego mi mano. = Julia. » = Amaba por consiguiente á otra, y solo veia en mí un obstáculo que se oponia á su dicha. Y no podia yo ir al encuentro de esta mujer, y decirle: El hombre á quien amais es un mónstruo; yo tambien fuí su amada, y me ha maltratado, á mí y á mi hijo; y va á asesinarlos!

« Déme el cielo proteccion! Solo en él confio que puedan algun dia ser halladas estas líneas con mi cadáver; sepan por ellas los hombres la torpeza y crueldad del duque de Sandoval; entréguenle ellas á la venganza de la tierra mientras llega la de Dios, y sirvan de leccion y ejemplo mis desgracias. = Rafaela, hija del marques de Calatrava. »

« Descubrióse casi al mismo tiempo que Sandoval era tambien el asesino de Petter Griffiths. Habia obligado al pobre pescador

con puñal en mano á tomar el cadáver de Rafaela en su barca, é ir á arrojarle en el Escalda á alguna distancia del castillo. Y por una horrible prudencia habia asesinado tambien á Petter haciéndole caer en el agua.

« Tres dias habian transcurrido desde que terminó el proceso del duque, y reinaba una perfecta calma en la ciudad de Amberes; pero si alguno al retirarse á su hogar hubiese pasado, entrada ya la noche, por la esplanada que separa la ciudad de la ciudadela que se construia entonces, habria oido el paso regular de un centinela, con el arcabuz al hombro, al pie de una horca; habria oido tambien rechinar los maderos de esta horca á impulso del peso de un cuerpo humano, movido por el viento del norte.

« Era el duque de Sandoval. »

Esta historia aumentó mas la curiosidad y el interés con que yo consideraba el cuadro. El jóven artista continuó:

« Fue ejecutada esta pintura poco tiempo despues del suceso que os he referido. Solo existe una copia hecha por un discípulo de su autor; este es el original. Ved su nombre. — En una esquina del lienzo descubrí esta firma: Van Veen, 1598. — De Van Veen es en efecto, prosiguió el jóven, conocido mas generalmente con el nombre de Otho Venio. La copia es de su primer discípulo: llamábase Pedro Pablo Rubens. »

L.

UNA VISITA.

Julia y Paulina son dos antiguas amigas de colegio. La semana pasada, á eso de las dos de la tarde pasaba Julia por la calle de la Montera con direccion á casa de Paulina, parándose de vez en cuando á considerar alguna de las bellas curiosidades que tienen á la vista los almacenes de Cramer, los Saboyanos, el Bazar y Skrop, y le pareció que un cierto caballero, de muy buena apariencia y gallardo continente la seguia de cerca, observando todos sus movimientos. Mas bien sorpren-

dida que asustada de la tenacidad del perseguidor, continuó su camino, sin que el tal individuo dejase de seguirla quedándose siempre á cierta distancia, y con una respetuosa reserva que anunciaba alguna mala intencion.

No es Julia ninguna jóven; y no suponiendo por lo mismo que pudiese haber hecho nacer *una pasion*, empezaba ya á incomodarse de tanta importunidad. Mas al llegar á la puerta de casa de Paulina creyó ya verse libre de aquella sombra inseparable de sus pasos. Equivocábase ciertamente. El buen señor se paró al propio tiempo que ella, apartándose sin embargo un poco de la acera para dejarla pasar libremente, y dirigiéndole un saludo tan respetuoso como seco y glacial. « Que tonta! dijo Julia para sí. Sin duda este caballero tiene algo que hacer en esta casa, ó vive acaso aquí; nada mas natural, y en verdad que no es disculpable á mis años haber ido á pensar que pudiera haberle llamado yo la atencion. » Subia la escalera de su amiga mientras iba haciendo estas reflexiones, y el tal subió tambien detras de ella. Tira de la campanilla, y cual fué su asombro al ver que el desconocido se detiene en el mismo tramo de la puerta. Al pronto piensa en pedirle una explicacion; mas ve tan tranquilo al susodicho personaje, tan impasible, y sobre todo tan político en su ademán, que le ocurre de repente que es sin duda visita de casa de Paulina, y se alegra en su interior de no haberse puesto en ridículo haciendo una pregunta poco atenta y cortés. Abren por fin, é introducen á Julia y á su acompañante hasta el gabinete de Paulina. Toman asiento despues de los primeros cumplimientos de estilo. Trábase la conversacion, y toma en ella parte el desconocido. Es hombre de gusto, de talento, y persona de buen tono; pero ¿quien es este caballero? Tal es la reflexion que se hacen interiormente las dos damas: quién es este señor! Cree Paulina que acompaña á Julia, y cree ésta que es visita de su amiga. Sin embargo hay en-

tre los tres cierta especie de encogimiento, si así cabe decirse, que no puede escaparse al tacto fino y ejercitado de dos señoras del gran mundo. Nada anuncia á una ni á otra que tuviesen intimidación alguna ni aun remota con el extranjero. Se entabla entonces entre ellas una conversacion de miradas, una de esas conversaciones tácitas tan en uso en la alta sociedad, y muy pronto quedan ambas convenidas de que no conocen al individuo que se halla con ellas de visita.

Preciso era salir de aquel apuro. Paulina encontró facilmente un pretexto para llevarse á Julia á otra pieza, teniendo cuidado sin embargo de excusarse con el extranjero porque se le dejaba solo. «Y bien, querida, dijo Paulina, despues de haber cerrado la puerta del gabinete, ¿quien es ese caballero que has traído? —Que yo traigo, yo? no le conozco, ni le he visto jamás.—Ay Dios! tú me asustas! —Es un ente que me ha venido siguiendo y que yo creía venia á visitarte.—Nada de eso! hoy le veo por la primera vez de mi vida.—Solo alguna mala intencion puede haberle obligado á introducirse en tu casa; es preciso aclararlo.—Pero como? ahora ya no me atrevo á volver á mi gabinete.—Es necesario llamar al criado.—Ha salido, solo está mi doncella; voy á llamarla para que haga venir á alguien.

Acudió la criada; pero el desconocido, el caballero improvisado de Julia acababa de salir. Vuelven precipitadamente al gabinete en que le habian dejado solo; todo estaba en el mismo orden, todos los muebles arreglados con la misma simetría... todo, escepto un rico reloj guarnecido de brillantes, y algunas joyas de gran valor que Paulina tenia la costumbre de dejar sobre su tocador. Habian desaparecido!

TEATRO DEL LICOE.

El jueves pasado se verificó al fin la primera representacion de *LA ROSMUNDA*, drama en

cuatro actos y en verso, de Don Antonio Gil y Zárate. Grande era la impaciencia de la elegante sociedad que desde muy temprano habia acudido presurosa, muy grande su ansiedad porque llegase el momento de descorrer la cortina. Era tanto lo que se habia hablado del drama, tantos los elogios que se le habian prodigado, tantas en fin las pretensiones con que se le ponía en escena, que era muy fundado tanto anhelo, tanto deseo como en todos los rostros se pintaba. Habia pasado tambien tanto tiempo desde que por la primera vez se anunció al público!!....

Difícil es en verdad dar su juicio sobre una obra que puede decirse ha sido ya coronada antes de su aparicion; difícil es ciertamente; pero creemos que se puede muy bien, si no dar nuestro juicio, al menos referir la impresion que en nosotros ha causado su primera representacion.—Marcha la accion algo lentamente hasta el final del segundo acto en que comienza á animarse, brilla en todo su lleno en el tercero, y no mantiene toda esta brillantez hasta el desenlace, que, si bien imprevisto, es en parte inverosímil, sino en su esencia, al menos en los medios que á él conducen. Se ve luchar al autor en todo el drama con los recuerdos de la *CATALINA HOVARD*, de Dumas, y aunque en muchas partes logra vencerlos, en otras se somete á ellos muy marcadamente. Hacíanse los sucesos á veces sin la conveniente trabazon, y aunque sorprenden al espectador por la novedad, no se reposan en su imaginacion lo bastante para formar una idea completa del pensamiento general que domina en el drama, que en *LA ROSMUNDA* es mas bien una cadena de sucesos puestos en accion sin determinado objeto. Deberíamos hacer su analisis para aplicar á cada escena cuanto va dicho; mas seria esto demasiado prolijo y enfadoso por demas, máxime cuanto que no censuramos, solo sí esponemos nuestras primeras impresiones, que pueden acaso borrarse con la lectura del drama ó con otra representacion. A algunos hemos oido pensar de este mismo modo, y creemos que mas que nada puede haber contribuido á ello la suma importancia que se ha dado á una obra, á la que ciertamente no se esperaba en manera alguna su autor, y que ha sido causa sin duda de que solo se le haya saludado con los aplausos de urbanidad y cortesanía.—Desde la primera escena á la última brilla una

versificación encantadora y sublime, salpicada de bellas imágenes sin traspasar el límite de lo natural, un diálogo vivo y animado, concienzuda y filosóficamente escrito, que cautiva la atención y arrebató el espíritu. Dotes son estas que aunque de antemano se encomien al infinito nunca pueden burlar la esperanza del espectador, pues ellas son la prenda del señor Gil y Zárate, y es prenda que seguramente no le faltará jamás; está en el genio, y el genio no se pierde en el vigor de la juventud.

El desempeño del drama debe haber complacido al autor, y si bien en un principio se notaba algún temor en los señores socios que le ejecutaban, fueron perdiéndole á medida que se vieron animados con las muestras de aprobación que les tributó el auditorio. La señorita Romea se penetró perfectamente de su papel, y le representó con una verdad inimitable. La señorita Clavijo, si bien el género trágico no es el que le corresponde, marcó muy bien la ironía de que se halla revestido su caracter. El señor Vega espresó con toda maestría los afectos encontrados que dominan en todo su papel, á pesar de que su voz, no lo bastante llena, le impide á veces desarrollar del todo sus buenas cualidades. El señor Barroso, que por la primera vez se presentaba, nos manifestó con toda verdad su amor resignado y sin esperanza, y demostró dotes no comunes, que le colocan en primera línea, y le hacen ser una bella adquisición para el teatro del Liceo. Todas las demas partes trabajaron con todo esmero y lucimiento.

El drama se ha puesto en escena con un lujo soberbio: trajes, vestiduras de comparsas, y demas adherentes, dos decoraciones nuevas, todo en fin ha sido magnífico. Desde el primer personaje hasta el último, todos han sacado hermosas pelucas, de una verdad asombrosa, debidas al talento del joven Perez Peláez, * quien, á pesar de los desembolsos que le han ocasionado, se ha negado á toda retribucion por parte de la junta directiva. Damos este público homenaje á su laboriosidad y desprendimiento.

La decoracion del tercer acto, pintada por el celebrado artista Villaamil, arrancó los aplausos de la concurrencia; pero debemos decir en justicia que los inteligentes esperaban otra cosa de su talento. No basta ese colorido brillante que dis-

tingue á todas las obras de su autor, y una ventana transparente, que fascinan á la multitud, es preciso genio, es preciso no recurrir á una perspectiva mecánica, formada por diversos telones, sino una perspectiva de arte debida al pincel, y aunque se eche mano de los recursos de maquinaria, no se debe sacrificar á ellos el genio de la pintura.

ALBUM.

Teatros.—El miércoles anterior se ejecutó en el del Príncipe la *HUERFANA MUDA*, comedia en dos actos traducida del frances. Buen argumento, y diálogo animado, escenas interesantes, y buena ejecucion, aunque medianamente traducida la pieza, arrancaron bastantes aplausos; pero es de aquellas comedias que aunque gustan pasan prontamente. La señorita Lamadrid (Doña Teodora) ejecutó con toda fidelidad el papel de la muda.

Nuevo Liceo.—El 18 del pasado noviembre se instaló en Granada esta corporacion artistica y literaria con gran solemnidad y aparato, habiéndose leído varias poesías y discursos alusivos al objeto; amenizándose el resto de la sesion con diversas composiciones de tocado y cantado, que sirvieron de recreo y diversion á la concurrencia, que se compuso de mas de trescientos individuos de lo mas selecto y escogido que cuenta en su seno aquella capital.

Don Quijote y Sancho Panza.—Entre las innumerables cosas que llaman la atención en París, una de ellas son dos estatuas que representan á D. Quijote y á su escudero Sancho Panza. ¿Por qué nosotros no habíamos de immortalizar á muchos grandes hombres, haciendo sus bustos, y no que se han de ocupar los *santi boniti* en vender loros y angelitos? Lo mismo costará el vaciado de una cosa que de otra; y sin embargo cuanta mayor era la utilidad para el pueblo, y aun la venta para los estatuistas!

En Postmout.—Existe en aquella ciudad un hombre que hace mas de cuarenta años que consume diariamente de seis á diez vasos de rom, sin que jamás haya experimentado novedad ninguna en su salud. Tomando por término medio el que beba cada dia siete vasos, tendremos que se ha bebido ya 91.980; es decir, mas de 13 toneles de rom.

MADRID: IMPRENTA DE OMAÑA.

* Calle de la Visitacion, núm. 1, cuarto principal.